

# ELLEN GOLDENBERG, TRADUCTORA AL ALEMÁN DEL CUENTO *LA MULA Y EL BUEY* DE BENITO PÉREZ GALDÓS

ELLEN GOLDENBERG, TRANSLATOR INTO GERMAN OF BENITO  
PÉREZ GALDÓS' TALE *THE MULE AND THE OX*

Amalia Bosch Benítez

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

## RESUMEN

En la Casa-Museo Pérez Galdós se conserva la correspondencia del escritor con algunos de sus traductores alemanes, austriacos y de otras nacionalidades. El estudio de estas cartas ha sido nuestro campo de estudio en estos dos últimos años. La atenta lectura de estos documentos nos ha puesto sobre la pista de la traducción y posterior publicación de alguna obra de don Benito de la que no había constancia bibliográfica. Este es el caso del cuento navideño que se presenta en este artículo: *La mula y el buey*. La investigación de las cartas entre su traductora, Ellen Goldenberg, y el escritor nos ha conducido al descubrimiento de esta desconocida publicación, por parte del diario *Neue Freie Presse*, el 27 de diciembre de 1902, en Viena (Austria).

**PALABRAS CLAVE:** traducción, Pérez Galdós, alemán, Ellen Goldenberg.

## ABSTRACT

The writer Benito Pérez Galdós corresponded with a number of German and Austrian translators, as well as with translators from other countries. A close reading of this correspondence, housed in the Casa-Museo Pérez Galdós and the object of my research in the last two years, has led me to find forgotten published translations of don Benito's literary work. This is the case of the translation into German of the Christmas tale *La mula y el buey* (The Mule and the Ox). Ellen Goldenberg, the translator, actively corresponded with the writer and it is her letters which have unearthed the until-now forgotten translation into German published on December 27, 1902 in Vienna (Austria) in the newspaper *Neue Freie Presse*.

**KEYWORDS:** Translation, Pérez Galdós, German, Ellen Goldenberg.

## INTRODUCCIÓN

La correspondencia que Galdós recibió por parte de traductores constituye un instrumento historiográfico de primer orden. Esas cartas contienen datos relativos a la relación personal que mantenía el escritor con alguno de sus traductores, y aporta información sobre la incipiente industria editorial de finales del siglo XIX y principios del XX. Gracias a la lectura de esta correspondencia, comprendemos, entre otras cosas, lo arriesgado que era traducir y publicar en aquella época, ya que los gastos editoriales se repartían entre el traductor y el editor, lo que podía acarrear graves consecuencias si las ventas no ayudaban. Este fue el caso de la traducción y publicación de la novela *Gloria*. August Hartmann, su traductor, escribió a Galdós acerca del resultado de la venta de esa obra en Alemania. El traductor le confiesa que le supuso un descalabro económico importante (Bosch Benítez: 2020a, 42).

El estudio de esta correspondencia permite obtener datos, cuya investigación se hubiera complicado de no existir estas cartas. En la época de Galdós no se recogían datos estadísticos que nos informaran sobre el éxito o fracaso de las ventas editoriales; en cambio una carta de un solo traductor arroja luz sobre aspectos muy interesantes, como, por ejemplo, la recepción y el interés de la obra galdosiana en otros países.

El caso que presentamos hoy, en este artículo, se refiere a la traducción y publicación en un diario vienés del cuento de inspiración navideña *La mula y el buey*, de don Benito. El descubrimiento de esta traducción ha sido posible gracia al estudio y análisis de las cartas que se conservan entre la traductora, Ellen Goldenberg y don Benito.

#### LAS CARTAS COMO FUENTE DE INVESTIGACIÓN HISTORIOGRÁFICA

En el año 2020, publicamos los resultados de nuestra investigación sobre la correspondencia de Galdós y sus traductores alemanes (Bosch Benítez: 2020a) y también sobre la correspondencia con los traductores austriacos (Bosch Benítez: 2020b). En estos documentos encontramos indicios y datos que nos hicieron suponer que existía más obra publicada en alemán que la que estaba acreditada hasta la fecha. Hablamos, naturalmente, de la obra traducida en vida del escritor, pues evidentemente, en la actualidad se ha continuado con la traducción galdosiana. En alguna de esas cartas escritas entre 1879 y 1907 (Alemania), y desde 1891 hasta 1910 (Austria), hemos podido detectar novelas, obras de teatro y relatos traducidos en vida de Galdós, de las que no se tenía constancia. Esta observación es válida tanto para las cartas con traductores alemanes, como con los austriacos.

Habitualmente, los autores disponían de dos vías para editar y publicar su creación literaria: o bien lo hacían en prensa, o bien lo hacían en forma de libro. Este último formato editorial no era rentable, pues los ejemplares eran caros y el éxito dependía de las ventas en un mercado escaso y en modo alguno comparable con la red de librerías, imprentas y editoriales de las que disfrutamos en el siglo XXI.

El traductor de *Gloria* se quejaba amargamente de esta situación al afirmar «todavía estoy pagando los gastos de imprenta y no hay seguridad, que me serán reembolsado» (Hartmann, 1880). La carta se corresponde con la número 63 del archivo digital de la Casa-Museo Pérez Galdós, y pone de manifiesto lo arriesgado que resultaba publicar las traducciones en libro, y nos informa del papel de coeditor que asumía este traductor. Sabemos que las circunstancias han cambiado y que, hoy en día, ese no es ya el marco habitual en el que se desarrolla la actividad editorial cuando se hace un encargo de traducción. Por lo tanto, el estudio de la

correspondencia nos ha permitido realizar un análisis contrastivo de esa actividad económica a finales del siglo XIX, en Alemania, así como constatar diferencias notables entre el ayer y el hoy del mundo de la traducción y de la edición. La correspondencia desvela aspectos y elementos relevantes sobre la traducción, ya que estas cartas describen el marco y las condiciones en que se desarrollaba esta actividad profesional, con sus luces y sus sombras. Fue el caso de la novela *Gloria*, un fracaso de ventas en Alemania que casi le cuesta la ruina al traductor.

Por lo tanto, del estudio de esas cartas se desprende que resultaba caro editar y vender libros; no así periódicos. La prensa gozaba de una red de distribución muy bien engrasada que permitía que los periódicos llegaran a casi cualquier rincón. Además, al igual que sucede hoy en día, había rotativos regionales y provinciales que cubrían también las necesidades informativas de la población. Con el ejemplar de periódico se solía ofrecer también, una vez a la semana, un suplemento literario o folletín. Era costumbre publicar novelas por entregas y con ello se conseguía aumentar la tirada del periódico, debido a que había lectores que lo adquirirían atraídos por la fama del escritor al que querían leer. La tirada de alguno de estos periódicos era importante y el precio de los periódicos muy asequible. Es lo que afirma de la prensa francesa García Pinacho (2016: 64):

De hecho, en Francia, el periodo de 1871 a 1914, desde el final de la guerra franco-prusiana al inicio de la Gran Guerra, se considera «la edad de oro» de su prensa por su expansión, por su influencia en el mundo y porque no tenía realmente competencia como fuente de información colectiva. [...] La propagación de la prensa a cinco céntimos permite el crecimiento de las tiradas (...). Es decir, llegaba a muchos más lectores de golpe y con un precio sin competencia.

Este es uno de los motivos que permite comprender el enorme éxito experimentado por los autores del siglo XIX y principios del XX, Galdós entre ellos, al menos en Alemania y Austria. La prensa, además, cubría dos aspectos relevantes para el mundo literario: informaba del estreno de las obras de teatro, o de la publicación de una nueva novela en España, y en ocasiones algún rotativo conseguía la autorización para su publicación.

Como dijimos al principio, estamos convencidos de que se podrán encontrar bastantes más textos del escritor, traducidos al alemán en estos dos países. La correspondencia se convierte en un instrumento de investigación imprescindible, pues nos permite ahondar en la investigación de múltiples aspectos económicos, sociales, personales, literarios, etc. que quedan recogidos en ellas.

Gracias al estudio de las cartas, hemos encontrado datos de la existencia más que probable de la traducción de *Halma*, en Alemania (Bosch Benítez: 2020a, 63). El traductor, Eberhard

Vogel, un relevante hispanista, envía a Galdós un recorte de prensa en el que se anuncia la publicación de su traducción en un diario alemán:

10 de julio de 1907

(...)

La Administración del diario *Kölnische Volkszeitung* me ruega le participe a Ud., que desde el día en que comenzó la publicación de su valiosa novela *Halma*, se le transmitirá todos los días la edición completa del diario en dos ejemplares, según Ud. deseaba (...).

Este recorte de prensa se conserva en esta Casa-Museo y publicamos su existencia también en un artículo anterior (Bosch Benítez: 2020a, 62). Como dijimos en aquel artículo, será complicado encontrar esa traducción, porque el archivo de este diario ardió durante la segunda guerra mundial. Este no es un dato baladí, pues Europa se convirtió en el escenario de dos guerras mundiales, una de ellas en vida de Galdós. Un conflicto bélico de estas características conlleva la destrucción de libros, periódicos y cartas que hubieran podido coadyuvar a la localización de más obra desconocida para los especialistas galdosianos. No obstante, a pesar de las dificultades y gracias a las cartas que se conservan en la Casa-Museo Pérez Galdós hemos conseguido rastrear y encontrar datos de alguna traducción, cuya publicación no figura en las bibliografías, al menos en las consultadas por la que suscribe. Es el caso de *La mula y el buey*, cuya transcripción al alemán aportamos en el apéndice de este artículo.

ELLEN GOLDENBERG: TRADUCTORA DE GALDÓS

Esta persona remite un total de doce cartas a Galdós. De la lectura de sus cartas se deducen también rasgos de su carácter. Se trataba de una persona con mucha decisión y determinación, pues no cejó en su empeño y escribió sin desanimarse a don Benito, hasta conseguir que este le autorizara para publicar la traducción del cuento de cuya existencia no teníamos constancia hasta la fecha en las bibliografías consultadas. Pero no fue este el único relato traducido, pues hemos encontrado datos que nos permiten afirmar que también tradujo al alemán *La novela en el tranvía*; encontrar esa traducción será nuestro próximo objetivo.

Gracias al análisis de las cartas remitidas por Goldenberg hemos descubierto que el cuento *La mula y el buey* se publicó en alemán en el diario *Neue Freie Presse* (Viena, Austria), un sábado, 27 de diciembre de 1902.

El total de la correspondencia procedente de Austria, escrita por personas que se dirigían a don Benito con afán de traducir o publicar su obra, abarca un total de 36 cartas. Ellen

Goldenberg es la autora de doce de esas misivas, es decir, de un tercio del total. Eso nos llamó la atención, y de la lectura detenida del contenido de esas cartas, como hemos dicho, se deducía que las traducciones se habían realizado y que Galdós había dado su autorización previa. La infinidad de datos que aporta la traductora en sus cartas a don Benito nos permitió encontrar la publicación de ese cuento; no obstante, no hemos logrado obtener datos sobre su persona. Las epístolas arrojan luz sobre su actividad como traductora y como colaboradora del diario vienés reseñado más arriba.

Las cartas permiten deducir que se encontraba bien relacionada profesionalmente con el mundo de la cultura. Es el caso de alguna de esas cartas como las que transcribimos, parcialmente más abajo, respetando la ortografía y estilo particular de la autora. En la carta que se corresponde con la número 44 del archivo digitalizado en PDF que se conserva en la Casa-Museo Pérez Galdós, y fechada el 14 de diciembre de 1901, Ellen Goldenberg escribe lo siguiente:

14 de diciembre de 1901

(...)

Todos los círculos literarios aquí tienen grandísimo interés para el autor de la “Electra” y las redacciones de la revista “Die Zeit” y del más notable papel Austriaco “Neue Freie Presse” tendrían gran gusto de publicar algunas obras de Ud. Tal vez que tendría la bondad de enviarme algunas novelas (cortas) ó un Essay interesante con la autorización de traducirlos al alemán. La Zeit tendría gran gusto, si Ud. querría escribir para ella un artículo sobre la literatura Española de los últimos años y de su stato actual \_ si Ud. tendría la gran amabilidad de escribir esto Essay, le ruego a Ud. de no traspasar 2600 palabras. Espero Señor que querrá hacer este favor al publico de Viena, y instruirlo un poquito de las letras Españolas que lastimamente no se conocen demasiado aquí. (...)

En la carta, Goldenberg informa sobre varias cuestiones de interés sobre la recepción del escritor en Austria. Una de ellas es que es conocido como el autor de *Electra* y que ha adquirido o aumentado su reconocimiento y prestigio a causa de esta obra. Lo segundo, también de interés para quienes investigan la colaboración frecuente de Galdós en periódicos, es la invitación que le hace la traductora para que redacte un artículo sobre literatura española para la revista *Die Zeit*. En esta carta, además, le indica cuál es el espacio que le han reservado para su artículo (2.600 palabras), lo que sugiere que la autora estaba en contacto muy estrecho con la redacción de la revista. Desconocemos si Galdós se decantó por escribir o no ese artículo, pues no centra el interés de nuestra investigación, pero al igual que sucede con el cuento que hoy damos a conocer, hemos encontrado estos datos que invitan a indagar más sobre su traducción y su posible publicación.

De la lectura de otras dos cartas, concretamente la que se corresponde con la número 54 del archivo digital, fechada el 23 de febrero de 1904 y la que figura a continuación, la número 56

del archivo digital de la Casa-Museo Pérez Galdós, cuya fecha no es legible, se coligen las buenas relaciones que mantenía la traductora con los círculos artísticos teatrales:

23 de febrero de 1904

(...)

Ya tendrá Ud. el mío telegrama y espero Señor que ya habrá decidido a autorizarme a traducir su drama “El abuelo” que seguramente tendrá en el Alemán así gran suceso como en Español.

Estoy en muy buenas relaciones con los teatros de Viena, y también en las escenas alemanas puedo contribuir a la representación. Le ruego Señor de dejarme porvenir su contestación muy de prisa y sería muy feliz de tener el [h]onor y el placer de traducir otra vez una de sus obras(..)

[Fecha no legible]

(...)

Muy Señor mío y de toda mi consideración

Mi carta y mi telegrama han quedado sin respuesta y como me importa mucho de obtener de Ud. su autorización para la traducción de “El abuelo”, vengo otra vez a preguntar si Ud. quiere dármele, en el cual caso le ruego a Ud. de enviarme el drama.

Yo estoy con las mejores relaciones con el director del Volkstheater aquí y estoy segura que también los otros teatros alemanes harán representar su obra. (...)

La figura de la traductora va adquiriendo muchos matices a medida que profundizamos en el estudio de sus cartas. Afirma que está en muy buenas relaciones con los teatros de Viena y con los alemanes, especialmente con el *Volkstheater*, que era el teatro por excelencia de la escena teatral vienesa. Una vez más, nos sorprende la relevancia de esta traductora, pues no se entenderían estas relaciones con el mundillo teatral austriaco y alemán de no ser ella misma una autora o traductora que gozara de cierto predicamento en este círculo. Estos datos nos ayudan también a inferir que deben existir muchas más traducciones realizadas por Ellen Goldenberg, pues ella misma ofrece información sobre su estrecha colaboración profesional con los diarios de la época. Hemos recogido estos datos en los que se reflejan las relaciones de la autora con el mundo teatral, literario y periodístico, con la transcripción parcial de las cartas, de las que hemos eliminado las fórmulas corteses de despedida o de presentación, respetando la ortografía y estilo de la autora.

#### RELACIÓN DE CARTAS SOBRE LA PUBLICACIÓN DE *LA MULA Y EL BUEY*

Como hemos reiterado, todas las cartas aportan información de interés historiográfico y se convierten en el hilo que nos ha conducido a descubrir la traducción de *La mula y el buey*. En este apartado recogemos y agrupamos las cartas que nos llevaron a descubrir su publicación en 1902. En primer lugar, y por orden cronológico aportamos la carta que se corresponde con el número 42 del archivo digital de la Casa-Museo Pérez Galdós:

14 de noviembre de 1901

(...)

Dispense Ud. mi impaciencia en esperar ya quince días su contestación que me permita de publicar mi traducción de “*La mula y el buey*” en la *Neue Freie Presse* y como los números de Navidad ya se preparan le ruego mucho a Ud. señor de hacerme el favor de enviarme su preciosa autorización el más pronto posible. (...)

Existe, por lo que parece, una carta anterior a la que Galdós no contesta. La traductora nos informa de que lleva quince días esperando la respuesta. También sabemos que la traducción es un hecho, la ha realizado, pero está esperando a recibir la autorización formal de don Benito; un dato de interés para la historia de la traducción, ya que la traductora no da el paso para su publicación hasta que no recibió dicha autorización.

En la siguiente carta que se corresponde con la número 50 del archivo digital, se escribe casi un año más tarde que la anterior. Goldenberg le recuerda al escritor que ha traducido *La mula y el buey*, cuento que tuvo ocasión de leer en el *Nuevo Mundo*, y le vuelve a solicitar la autorización para su publicación.

18 de agosto de 1902

(...)

He traducido al alemán su delicioso cuento de Navidad “*La mula y el buey*” que he leído en el “*Nuevo Mundo*”. Y ahora vengo rogarle a Ud. de dar su preciosa autorización para publicarlo en un número de Navidad de uno de nuestros grandes periódicos, tal vez la “*Neue Freie Presse*” cuyo redacteur ya me pide repetidamente una de sus obras.

Pero como los números de Navidad ya se preparan, tengo que le rogase a Ud. una buena respuesta muy de priesa y sin perder tiempo. Me siento mucho que debo darle este incomodo a Ud. pero creo que también a Ud. puede ser agradable de estar leído a Viena donde tienen mucho interés para el autor de “*Electra*”. También querría traducir otras de sus obras, especialmente me gustaría traducir algunas novelas cortas, porque trabajo mucho para revistas y periódicos.

Si Ud. querría enviarme algo o decirme en que lugar puedo hallarlo le sería muy agradecida a Ud. Pero la cosa principal sería ahora para mi la autorización para “*La mula y el buey*” y no puedo que repetir que le ruego mucho a Ud. de dármela tan de priesa que está posible. (...)

De nuevo nos informa de su firme decisión de publicar la traducción en el rotativo *Neue Freie Presse* en el número especial de Navidad, y que le urge recibir la autorización. Como hemos dicho con anterioridad, Ellen Goldenberg remitió un total de doce cartas y es probable que hayan sido más. En todas ellas, se habla de asuntos diversos relacionados, claro está, con la obra del escritor y las peticiones de colaboración que le hace Goldenberg desde Viena. No las ofrecemos todas, pues en este artículo nos hemos limitado a recoger las misivas que nos pusieron sobre la pista de la publicación del cuento *La mula y el buey*.

La siguiente carta que ofrecemos se corresponde con la número 52 del archivo digital y transcribimos y resaltamos en negrita, la afirmación de que el año anterior había traducido al alemán el cuento, algo que se nos antojó contradictorio, pues en las cartas anteriores fechadas

en 1901 y 1902, ya había informado sobre este asunto. Esta carta es muy posterior, pues data de 1904.

19 de febrero de 1904

(...)

Ud. **Se acuerde tal vez que el año pasado he traducido al alemán su cuento de Navidad *La mula y el buey* para la *Neue Freie Presse***. Hoy vengo Señor para preguntarle a Ud. si quiere enviarme su nuevo drama, que estaba representado ahora con así gran suceso. Yo querría traducirlo al alemán y creo que los teatros alemanes serían inclinado a representar una obra suya. Espero Señor, que me hará el favor de cumplir mi deseo y de enviarme el libro. (..)

Además de lo que hemos comentado, la autora le solicita a Galdós el nuevo drama que, por los datos aportados, debe tratarse de *El abuelo*. También despertó nuestro interés, porque esta carta apunta de nuevo a las relaciones profesionales que mantenía Goldenberg con la escena teatral alemana. Esta carta y la siguiente fueron las que nos indicaron que debíamos buscar la publicación del cuento en la *Neue Freie Presse*, en algún momento entre el año 1902 y 1903. Ese periodo queda claramente indicado al anunciar ella que había traducido el año anterior, es decir 1903 y, sin embargo, en la carta de 1902 le estaba solicitando autorización para su publicación. Por lo tanto, la traducción debía haberse publicado bien en las navidades de 1902, o en las de 1903.

En la siguiente carta que se corresponde con la carta número 60 del archivo digital y que no tiene fecha, se aportan dos datos muy importantes: uno el de la publicación y éxito del cuento *La mula y el buey*, y en segundo lugar la traducción de *La novela en el tranvía*, que centrará el interés de nuestra próxima investigación. La transcripción que ofrecemos no ofrece ninguna duda sobre la publicación del cuento:

Sin fecha

(...)

Le ruego mucho a Ud. de contestar a mi deseo, que ya le había escrito a Ud. hace algún tiempo, sin que Ud. había dado una respuesta. Yo le ruego a Ud. de darme la autorización para publicar la mía traducción alemana del cuento “La novela en el tranvía” que ya estaba acabada, pero que no puedo dar a mi periódico sin la autorización de Ud., Señor y ya la espero con gran impaciencia. Si Ud. quiere dármela tendré mucho gusto y como Ud. ya ha tenido la bondad de dármela para “La mula y el buey” que tenía mucho suceso en alemán yo espero que también esta vea Ud. querrá cumplir mi deseo. (...)

Hemos subrayado los dos aspectos que consideramos relevantes para nuestro estudio, y además cabe resaltar que Goldenberg se refiere al rotativo con el que colabora como «mi periódico», lo que confirma que se trataba de una traductora estable del diario. Una vez acotadas las fechas en las que debíamos buscar y la época del año, navidades, resultó bastante sencillo encontrar en el archivo digitalizado del diario la traducción al alemán de *La mula y el*



*buey*. Aportamos en el apéndice la portada del diario con el texto y el nombre de la autora de la traducción.

#### DATOS BIOGRÁFICOS SOBRE LA TRADUCTORA, ELLEN GOLDENBERG

No hemos podido tener igual suerte con los datos biográficos de la traductora. Apenas podemos encontrar algunos relativos a su lugar de residencia y estos sin mayor garantía. En seis de las doce cartas, Goldenberg las encabeza siempre con la misma dirección: la calle Wallfischgasse número 11, en Viena; cuatro se remiten desde la calle Maximilianstrasse número 2, también en Viena; tres desde el Grand Hotel, también en Viena y una desde la localidad de Gleisdorf, municipio de la ciudad de Graz. A pesar de nuestro esfuerzo, no hemos podido encontrar un domicilio a su nombre en las páginas de los antiguos directorios vieneses, donde figuraban nombre y apellidos, así como profesión de los residentes en las direcciones de búsqueda. No podemos emitir ninguna suposición, si bien llama la atención que tres cartas se escriban desde un hotel en Viena. No parece que tenga mucho sentido, si su domicilio formal fuera el de la calle Wallfischgasse donde están fechadas la mayoría de ellas.

Cuando hemos buscado esa dirección, nos aparece un local de ocio nocturno, pero no encontramos un domicilio fiable. Ciertamente es, que era frecuente que los escritores escribieran desde cafés, lugares donde pasaban las vacaciones, y en el caso de Galdós observamos que en algunas de las cartas o telegramas que le envían desde Alemania y Austria, el remitente se limitaba a escribir Galdós, Madrid, o Galdós, café Gijón, o Galdós Santander etc.. Es posible que suceda lo mismo con Ellen Goldenberg, pero don Benito ha pasado a la historia y su biografía es bien conocida; en cambio Ellen Goldenberg constituye hasta la fecha un misterio que nos hemos empeñado en resolver y confiamos en poder aportar más datos sobre su persona ahora que por fin se han levantado las restricciones y podremos volver a desplazarnos libremente a bibliotecas y archivos.

#### CONCLUSIONES

Las epístolas remitidas por los traductores han revelado ser un instrumento de investigación historiográfica de primer orden. La lectura reposada de las cartas que se conservan en la Casa-Museo Pérez Galdós ha permitido recuperar traducciones publicadas en vida de Galdós y desconocidas para los investigadores. El descubrimiento de la traducción de *La mula y el buey* ha sido posible gracias al rastreo sistemático de los datos que afluían en las misivas entre

Galdós y Goldenberg. Esta correspondencia entre el autor y la traductora ha permitido revelar la existencia de obra aún no recogida en las bibliografías actuales. Las cartas se convierten, por lo tanto, en un instrumento de investigación imprescindible para descubrir y rescatar parte de la obra de Galdós publicada en otros países. Estamos convencidos de que, en un futuro no muy lejano, aparecerán nuevos textos gracias a la puerta que abre la investigación de la correspondencia.

## BIBLIOGRAFÍA

BOSCH BENÍTEZ, A., “Estudio de la correspondencia entre Pérez Galdós y sus traductores alemanes”, en Juan Miguel Zarandona (coord.), *Traducción y recepción de Benito Pérez Galdós cien años después (1920-2020)*, colección Tibón: Estudios Traductológicos, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2020a, pp. 35-64.

— “Estudio de la correspondencia entre Pérez Galdós y sus traductores austriacos”, en Patrycja Bobowska-Nastarzewska, Monika Krajewska, Lech Zieliński (eds.) *Rocznik Przekładoznawczy. Studia nad teorią, praktyka i dydatyka przekładu.*, Toruń, Wydawnictwo Naukowe Uniwersytetu Mikołaja Kopernika, 2020b, pp. 93-118.

GARCÍA BOLTA, I., «Pérez Galdós fuera de España». *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos (1990) Volumen II*. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 45-56.

GARCÍA BOLTA, I., PASCUA FEBLES I., “Bibliografía de las traducciones de Benito Pérez Galdós”, en Juan Miguel Zarandona (coord.), *Traducción y recepción de Benito Pérez Galdós cien años después (1920-2020)*, colección Tibón: Estudios Traductológicos, Las Palmas de Gran Canaria, 2020, pp. 151-190.

GARCÍA PINACHO, M. P., “El tiempo de Galdós. Benito Pérez Galdós en los diarios parisinos: *Le Temps*”. *Moenia: Revista Lucense de Lingüística y Literatura*, nº 22. Lugo: Universidad de Santiago de Compostela, 2016, pp. 63-69.

GOLDENBERG, E., Carta 14 de noviembre. Casa-Museo Pérez Galdós, 1901.

— Carta 14 de diciembre. Casa-Museo Pérez Galdós, de 1901.

— 18 de agosto. Casa-Museo Pérez Galdós, 1902.

— 19 de febrero. Casa-Museo Pérez Galdós, 1904.

— 23 de febrero. Casa-Museo Pérez Galdós, 1904.

— Fecha no legible. Casa-Museo Pérez Galdós.

— Sin fecha. Casa-Museo Pérez Galdós.

HARTMANN, A., Carta 12 de agosto. Casa-Museo Pérez Galdós, 1880.

HERNÁNDEZ SUÁREZ, M., *Bibliografía de Galdós*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular, 1972.

PÉREZ GALDÓS, B., “Der Maulesel und der Ochs”, traducido por Ellen Goldenberg en *Neue Freie Presse número 13770*. Viena: Neue Freie Presse, 1902, pp. 1-4. [https://anno.onb.ac.at/pdfs/ONB\\_nfp\\_19021227.pdf](https://anno.onb.ac.at/pdfs/ONB_nfp_19021227.pdf)

RAMÍREZ JÁIMEZ, ANA SOFÍA. «Crítica alemana sobre la obra de Galdós en el siglo XIX», *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos (1990) Volumen II*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 189-198.

— «La recepción de la obra de Galdós en Alemania a la luz de las traducciones», *Actas del Quinto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos (1992) Volumen II*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, pp. 97-107.



**Transcripción del cuento traducido al alemán: *La mula y el buey*<sup>2</sup>**

Der Maulesel und der Ochs.

Eine Weihnachtsgeschichte von Benito Perez Galdos.

(Autoriserte Übersetzung von Ellen Godwyn.)

I.

Die arme Kleine schickte sich zum Sterben an; sie wendete den Kopf noch einmal herum, heftete die traurigen Augen auf die ihr Bett umgebenden Personen, ihr Athem wurde schwächer, und sie verschied. Ihr Schutzengel erhob mit einem Seufzer seinen Schleier und entfloh.

Die unglückliche Mutter konnte das Jammervolle nicht glauben; aber das liebliche Gesichtchen Celininas's wurde durchsichtig und gelb wie Wachs, ihre Glieder erstarrten, und sie wurde steif wie eine Puppe. Inzwischen entfernte man Vater, Mutter und die nächsten Verwandten aus dem Sterbegemach, und zwei oder drei Freundinnen und die Dienstmädchen beschäftigten sich damit, die letzte Pflicht an dem toten Mägdlein zu erfüllen.

Man bekleidete es mit seinem schönsten Gewand, einem weißen, wallenden wolkengleichen Kleide, voller Spitzen und Einsätze, die es dem Schaume ähnlich machten. Sie zogen der Kleinen die ebenfalls weißen Schuhe an, deren Sohlen noch so wenig abgenützt waren, daß man wohl sah, sie war kaum einige Schritte darin gegangen, und dann flochten sie ihre wunderschönen dunkelkastanienbraunen Haare zu wohlgefälligen Zöpfen, die sie mit himmelblauen Bändern durchwandten. Sie suchten nach frischen Blumen, aber da sie diese in der ungünstigen Jahreszeit nicht finden konnten, so flochten sie einen Kranz aus künstlichen Stoffblumen, von denen sie die schönsten und die den frischen Rosen des Gartens am ähnlichsten aussuchten.

Ein garstig aussehender Mann brachte einen Kasten, nicht viel kleiner als ein Violinkasten, mit hellblauer Seide überzogen und mit Silberborten verziert, der innen mit weißem Atlas ausgeschlagen war. Da hinein legten sie Celinina und stützten ihr Köpfchen durch ein kostbares, weiches Kissen, um es in der erzwungenen Lage zu erhalten, und nachdem sie die Kleine in ihren Todtenbettchen zurechtgelegt hatten, kreuzten sie ihre Händchen, die sie mit einem Band zusammenknüpften, und steckten ihr einen Zweig weißer Rosen zwischen dieselben, die der Künstler so geschickt angefertigt hatte, daß sie echte Lenzeskinder zu sein schienen.

Dann errichteten die guten Frauen einen Tisch, den sie derart mit Tuch verkleideten, dass er einem Altare glich, und darauf wurde der Sarg gestellt. Im Handumdrehen steckten sie weiße Vorhänge zu einer Art Baldachin, wie in der Kirche, zusammen; dann brachten sie aus den anderen Zimmern eine Anzahl Heiligenbilder herein, die sie als Schmuck um den Altar herum vertheilten und die gleichsam den Leichenzug des verstorbenen Engels bildeten, und ohne Zeit zu verlieren, zündeten sie einige Dutzend Kerzen in Kandelabern an, die um Celinina eine traurige Helle verbreiteten. Nachdem sie des toten Mägdleins eisige Wangen zu wiederholtenmalen geküßt hatten, hielten sie ihr frommes Werk für beendet.

---

<sup>2</sup> Hemos conservado la ortografía del año 1902, aunque no la letra gótica típica de aquella época. Hemos considerado que al hacerlo así ofrecíamos también la posibilidad de contrastar el alemán de hoy con el de hace un siglo, además de la variante dialectal austriaca, presente en el texto.

II.

Aus der Tiefe des Hauses erklang das Weinen von Männern und Frauen. Es war die Trauerklage der Eltern, die nicht daran glauben konnten, daß die Redensart „ein Engelchen im Himmel“, welche Freunde in derartigen Fällen als Beruhigungsmittel anzuwenden pflegen, wahr sei.

Stattdessen glaubten die Eltern, der wahre, eigentliche Platz des Engelchens sei auf Erden, und ebensowenig konnten sie in die eifrig verfochtene Behauptung der Freunde einstimmen, daß der Tod Großer viel schlimmer und beklagenswerther sei, als der von Kleinen. Sie fühlten sich in ihr Leid den tiefen Schmerz mischen, den der Todeskampf eines Kindes einflößt, und konnten sich keinen größeren Kummer vorstellen, als den, der jetzt in ihren Innern wühlte.

Tausend Bilder und schmerzliche Erinnerungen durchbohrten gleich spitzen Dolchen ihr Herz. Die Mutter hörte ohne Unterlaß das holde Lallen Celinina's, das alle Dinge verdrehte und aus den Worten philologische Zerrbilder machte, die aus ihrem lieblichen Mund als die melodischste und süßeste Musik flossen, die ein Mutterherz bewegen kann. Nichts charakterisirt ein Kind mehr als seine Ausdrucksweise, die sehr eigenthümliche, naive Art sich in wenigen Lauten auszudrücken, und diese prähistorische Grammatik, wie das erste Stammeln der Sprache in der Menschheit Morgendämmerung, und die einfache Art, zu decliniren und zu conjugiren, welche wie die unbewußte Richtigestellung der durch den langen Gebrauch entarteten Idiome erscheint. Das Vocabularium eines dreijährigen Kindes wie Celinina bildet einen Bestandtheil des Familienschatzes. Wie vermöchte eine Mutter diese Ausdrücke zu vergessen?

Zum Gipfel der Betrübnis sah sich die gute Dame von den Gegenständen umgeben, mit welchen Celinina sich die letzten Tage vergnügt hatte, und da man sich in der Weihnachten vorangehenden Woche befand, so kollerten am Boden neben Truthähnen aus Lehm mit blechernen Füßen ein heiliger Joseph ohne Kopf, eine Krippe mit dem Christkind und einer der heiligen drei Königen auf einem stolzen Kameele ohne Beine. Was diese armen Figuren in den letzten acht Tagen geleistet hatten, dahin und dorthin gezerrt, nach allen Richtungen verbogen, das wussten nur der liebe Gott, die Mutter und der reine Geist, der sich zum Himmel emporgeschwungen hatte. Es war, als ob Celinina's Seele die plumpen Schnitzereien belebe, und sie waren gleichsam von einem traurigen Schein verklärt, der von ihr stammte. Die arme Mutter erbebte bei ihrem Anblick und fühlte sich im Zartesten und Empfindlichsten ihres innersten Seins verwundet. Seltsames Zusammentreffen der Dinge! Wie diese Lehmklumpen weinten! Wie viel Betrübnis und Schmerz sie erfüllte, so daß ihr alleiniger Anblick dasselbe Herzeleid erweckte wie das Schauspiel des sterbenden Geschöpfchens, als es mit flehenden Augen auf die Eltern blickte und sie zu bitten schien, diesen schrecklichen Schmerz von ihrer glühenden Stirn wegzunehmen. Trauriger als alles Weh der Welt war für die Mutter dieser Truthahn aus Lehm, der im Wechsel der Posituren den Schnabel und den Schweif eingebüßt hatte.

Endlich las eine sorgliche Hand die traurigen Gegenstände zusammen und trug sie hinaus.

III.

War der Gemüthzustand der Mutter also ein tiefbetrübt, so war es der des Vaters noch viel mehr. Sie gab sich ganz dem Schmerz hin, während sich aber in den seinen noch ein bitteres Reuegefühl hineinmengte. Wir wollen den seltsamen Fall in Kürze wiedergeben und schicken voraus, dass er vielleicht Einigen etwas kindisch vorkommen dürfte; aber Diesen möchten wir ins Gedächtnis rufen, dass nichts zu Kindereien neigt, wie ein tief innerlicher, wahrer reiner Schmerz, der nichts mit irdischen Interessen oder mit dem Verdruß über unerfüllte Wünsche und unbefriedigte Launen gemein hat.

Seit Celinina krank war, verspürte sie Sehnsucht nach dem poetischen Fest, das den Kindern das liebste, nach dem Weihnachtsfest. Man Weiß zur Genüge, mit welcher Begierde sie die Ankunft dieser lachenden Tage herbeiwünschen und wie die fieberhafte Begehrlichkeit nach den Geschenken und die vergnügte Hoffnung, sich mit Truthühnern, Marzipan, Zuckermandeln, Nusskuchen vollstopfen zu können, sie erregt.

Celinina führte in den Augenblicken der Besserung unaufhörlich Weihnachten im Munde, und da ihre kleinen Vettern, die ihr Gesellschaft leisteten, älter waren als sie und wahre Wunder über Alles, was die Geschenke und Krippen betraf, zu berichten wussten, entflammte sich des armen Kindes Gemüth beim Anhören immer mehr, und der Wunsch, alle Narretheien zu besitzen, welche die Industrie in diesen vierzehn Tagen hervorbringt, erwachte in ihr.

Im Delirium, wenn das Fieber sie in die Martern seines glühenden Feuers schleuderte, hörte sie nicht auf, alles das zu nennen, was ihren Geist beschäftigte, und alles war, Trommeln schlagen und Weihnachtslieder singen. In dem nebelhaften Reich, in dem ihr Gehirn wanderte, gab es nur Truthühner, die kollerten, Hühner die glucksten; Haufen von Kuchen, die zum Himmel ragten, eine Art Wandelgebirge bildend; Krippen voller Lichter, die zum mindesten fünfzig Millionen Figuren enthielten; Süßigkeiten; Bäume, die mit so viel Spielzeug beladen waren, als sich die fruchtbarste Nürnberger Phantasie ausdenken konnte; der Teich des Gartens mit Rosinensauce angefüllt; Fische, die ihre Köche mit runden Augen anglotzten; Orangen, die vom Himmel in größerem Ueberflusse fielen als Regentropfen bei Gewittern, und tausend andere Wunder ohne Maß und Zahl.

#### IV.

Der Vater, der außer Celinina keine Kinder mehr besaß, war außer sich vor Unruhe und Besorgnis. Seine Geschäfte riefen ihn außer Haus; aber sehr häufig kehrte er in dasselbe zurück, um zu sehen, wie es um die kleine Patientin stand. Das Übel ging seinen Weg mit trügerischen Abwechslungen, die einmal Anlaß zu Hoffnungen gaben und sie das nächste Mal wieder benahmen.

Der gute Mann hatte traurige Ahnungen, und das Bett Celinina's mit dem darin kauernenden, von Fieber und Schmerzen gequälten zarten Persönchen verließ seine Phantasie nicht. Bedacht darauf, daß er durch Aufheiterung seines Töchterchens zu seiner Genesung beitragen könne, brachte er ihr jeden Abend ein Weihnachtsgeschenk mit, die Art des Gegenstandes immer wechselnd, nur Lederwerk immer ausschließend. Einen Tag brachte er ihr einen Trupp Truthühner, die so täuschend nachgeahmt waren, daß ihnen nur das Kollern zu fehlen schien; am nächsten Tage zog er die Hälfte der heiligen Familie aus der Tasche und am folgenden den heiligen Joseph mit der Krippe und dem Thore von Betlehem. Dann kam er mit einigen prächtigen Schafen, die von schmucken Hirten geführt wurden, mit Wäscherinnen, die Wäsche wuschen, mit einem Wursthändler, der Würste verkaufte, und einem schwarzen heiligen König, dem bald die beiden Weißen mit Kronen und langen Bärten folgten.

Celinina, die durch das fortwährende Plaudern ihrer Vettern und Bäschen genau belehrt war, was zur richtigen Ausstattung einer Krippe gehörte, wusste, daß diese unvollständig sei, da die zwei wichtigsten Figuren fehlten: der Maulesel und der Ochs. Sie wußte nicht, was dieser Maulesel und Ochs eigentlich zu bedeuten hatten; aber bedacht darauf, daß Alles beisammen sei, verlangte sie einmal ums andere von dem zärtlichen Vater die beiden weggelassenen Thiere. Er versprach, sie zu bringen und faßte in seinem Herzen den bestimmten Vorfaß, nicht ohne die beiden Thiere wiederzukommen; aber an jenem Tage (es war der dreiundzwanzigste) traf es sich, daß die Geschäfte und die Abhaltungen sich in so einem Grade anhäuften, daß er keinen Moment der Ruhe fand. Über dies fügte es der Himmel, daß er an jenem Tage die Nachricht erhielt er habe einen Proceß gewonnen, daß

zwei überschwängliche Freunde ihn den ganzen Morgen belästigten. ... Kurzum, der Vater kam ohne Maulesel und auch ohne Ochs nach Hause zurück.

Groß war der Kummer, den Celinina darüber zeigte, daß man ihrem Schatz die beiden einzigen Kleinode, die ihm noch fehlten, nicht einverleibt hatte. Der Vater wollte sofort sein Versäumnis gut machen, aber der Zustand des Kindes hatte sich während des Tages beträchtlich verschlimmert; der Arzt musste geholt werden, und da seine Worte nicht beruhigend klangen, dachte Niemand an Ochsen, ebensowenig wie an Maulesel.

Am Vierundzwanzigsten beschloß der arme Vater, sich nicht aus dem Hause zu rühren. Celinina zeigte für kurze Zeit eine so erhebliche Besserung, dass Alle wieder Hoffnung schöpften, und der Vater rief voller Freude aus: „Jetzt werde ich es endlich herbeischaffen!“

Aber wie ein verwundeter Vogel, nachdem er seinen Flug in das höchste Blau genommen, schnell herniedersinkt, so fiel Celinina in die unheilvolle Tiefe des hitzigsten Fiebers zurück. Sie wand sich zitternd und halb erstickt in den glühenden Zangenarmen der Krankheit, die sie zusammenpreßten, um ihr das Leben auszusaugen. In der Verwirrung des Fieberwahnes schwebte wie der einzige aus einer Erdumwälzung gerettete Gegenstand über den stürmischen Wogen ihres Denkvermögens die fixe Idee des unerfüllten Wunsches, der begehrenswerthe Maulesel und der heißersehnte Ochs, die sie noch immer erhoffte. Der Papa rannte halb verrückt hinaus, durch die Straßen, aber plötzlich hielt er inne und fragte sich: “Wer wird jetzt an Figürchen für die Krippe denken?“

Und von Pontius zu Pilatus laufend, rannte er Stiegen hinauf, riß an Glockenzügen, öffnete Thüren, ohne zu ruhen, bis er sieben oder acht Ärzte zusammengebracht hatte, die er in sein Haus führte. Es galt ja Celinina zu retten.

## V.

Aber Gott wollte es nicht, dass die sieben oder acht (den die Zahl steht nicht genau fest) Jünger Äskulaps den Urtheilsspruch, den er gefällt hatte, durchkreuzten, und Celinina, die von Stunde zu Stunde mehr verfiel, glied endlich, ermattet, verzehrt und mit unbeschreiblichen Beklemmungen kämpfend, dem zu Boden geschlagenen Schmetterling, der mit genickten Flügeln flattert. Die Eltern beugten sich in unsinniger Angst über sie, als ob sie durch die bloße Kraft ihres Blickes dieses entschwindende Leben festhalten, den rapiden Verfall hemmen und mit ihrem Athem den der kleinen Dulderin neu beleben wollten, die mit einem Seufzer die Besinnung verlor. Auf der Straße ertönten Trommeln und fröhliche Tamburinklänge. Celinina öffnete die Augen, die schon für immer geschlossen schienen, blickte ihren Vater an und mit diesem Blick allein und einem Laut, der seiner irdischen Sprache zu entstammen schien, bat sie ihren Vater um das, was er ihr nicht gebracht hatte. Schmerzerfüllt suchten Vater und Mutter sie zu täuschen, um ihr in diesem Augenblick noch eine Freude zu bereiten, und ihr die Truthühner reichend, sagten sie:

„Hier, Kindchen, hast du Ochs und Maulesel!“

Aber trotz des nahen Todes besaß Celinina noch genügende Klarheit des Geistes, um zu sehen, dass die Truthühner nichts Anderes als Truthühner waren, und wies sie mit einer anmuthigen Geberde zurück. Dann folgte ihr starrer Blick den Eltern, und die beiden Händchen, die sie zum Kopf führte bezeichneten ihre heftigen Schmerzen. Allmähig entschwand der regelmäßige Laut des Athems, der das letzte Zeichen des Lebens ist, endlich schwieg Alles in ihr, sowie der Mechanismus einer Uhr, die stehen bleibt, schweigt und die süße kleine Celinina war eine anmuthige Gestalt, leblos und kalt wie Marmor, Weiß und durchsichtig wie das gereinigte Wachs, das vor Altären brennt.



Versteht man jetzt des Vaters Reue? Wäre Celinina zum Leben zurückgekehrt, so hätte er die ganze Erde abgesucht, um alle Ochsen und alle—unbedingt alle Maulesel zu bringen, die sie bevölkern. Der Gedanke, diesen unschuldigen Wunsch nicht erfüllt zu haben, war der spitzigste Dolch, der sein Herz durchbohrte. Umsonst suchte er ihn durch Vernunftgründe herauszureißen; aber wozu diente die Vernunft, wenn er noch so kindisch war wie die Kleine, die jetzt im Sarge schlief, wenn sein Geist jetzt bei dieser schmerzlichen Gelegenheit einem Spielzeug mehr Bedeutung zumaß, als allen irdischen und himmlischen Dingen?

VI.

Im Hause verstummte endlich der Lärm der Verzweiflung, als ob der Schmerz sich in die Seele zurückziehend, die seine eigentliche Behausung ist, die Thüren zu den Sinnen geschlossen hätte, um allein zu sein und ganz in sich selbst aufzugehen.

Es war Weihnachtsabend, und wenn Alles in der traurigen Wohnung schwieg, die der Tod erst kürzlich aufgesucht hatte, so erklangen aus den übrigen Häusern und in den Straßen der fröhlichen Stadt vergnügter Schall von groben Instrumenten und die Stimmen von Kindern und Erwachsenen, welche die Ankunft des Messias besangen. Bis in das Gemach, wo das todt Mägdlein ruhte, vernahmten die mitleidigen Frauen, welche bei ihr wachten, den Lärm und das Getöse, die durch die Täfelung aus dem oberen Stockwerk herunterdrangen und sie in ihrem Schmerz und ihrer frommen Sammlung störten. Dort oben feierte ein Haufen größerer und kleinerer Kinder, umgeben von glücklichen Eltern und vergnügten Onkeln und Tanten, Weihnachten halbtoll vor Freude vor der herrlichsten Krippe, die man sich nur vorstellen konnte, und dem prächtigen, von hunderten von Herzchen beleuchteten Baum, dessen Zweige mit Spielzeug und Naschwerk dicht behängt waren.

Es gab Augenblicke, in denen der große Lärm von oben die Decke des Zimmers erbeben machte und es schien, als ob die arme Todte in ihrem himmelblauen Sarge erzittere und die Lichter flackerten, als wenn sie zu verstehen geben wollten, daß auch sie vergnügt seien.

Von den drei Frauen, die wachten, zogen zwei sich zurück; es blieb nur eine einzige und diese, welche sich ohne Zweifel von dem Wachen in den vorhergehenden Nächten sehr ermüdet fühlte, schlief ein.

Die Lichter fuhren fort, zu flackern, obwohl kein Zug in die Wohnung hereindrang. Man hätte meinen dürfen, daß sich unsichtbare Flügel in der Nähe des Altars bewegten. Die Spitzen an Celinina's Kleid bewegten sich ebenfalls, und die Blätter ihres Kranzes kündigten das Wehen einer spielerischen Brise an oder weiche, leichte Hände. Dann öffnete Celinina die Augen. Ihre schwarzen Augen durchmaßten das Zimmer mit einem lebhaften Blick. Gleich darauf nahm sie ihre Händchen auseinander, ohne daß das Band, welches sie zusammenhielt, irgendeinen Widerstand geleistet hätte und, zwei Fäustchen ballend, rieb sie sich damit die Augen, wie Kinder es beim Erwachen zu thun pflegen. Dann richtete sie sich mit rascher Bewegung und ohne Anstrengung in die Höhe und, zur Decke aufblickend, begann sie zu lachen; aber ihr dem Gesichte wahrnehmbares Lachen war unhörbar. Das einzige Geräusch, das man bemerken konnte, war der Schlag lebhaft bewegter Flügel, als ob alle Tauben der Welt in dem Sterbezimmer ein- und ausflattern und dabei mit ihrem Gefieder die Wände und die Decke streifen würden. Celinina stand auf, breitete die Arme aus, und im Nu wuchsen ihr ein paar kurze Weiße Flügel. Mit ihnen die Luft durchschneidend, erhob sie ihren Flug und verschwand.

Alles war wie zuvor; die Lichter flammten und ließen das weiße Wachs in Strömen auf die Leuchtermanchetten niederträufeln; die Heiligenbilder standen am selben Platz, ohne ein Glied zu rühren oder die frommen Lippen zu öffnen; die Frau fuhr fort zu schlafen, in einem Traum versunken, der ihr den Himmel zu eröffnen schien: Alles war wie zuvor ---- nur der lichtblaue Sarg stand leer.

VII.

Ein herrlicher Fest gibt es heute im Hause \*+\*<sup>3</sup>! Betäubender Trommellärm erfüllt den Saal. Niemandem gelingt es, den besessenen Kindern klar zu machen, daß sie sich ohne den teuflischen Spektakel dieses Kriegsinstrumentes viel besser unterhalten könnten. Damit kein menschliches Ohr am nächsten Tag noch seines Amtes walten könne, fügen sie zur Trommel noch jene Erfindung der Hölle, Zambomba\*<sup>4</sup>) genannt, hinzu, deren Geräusch dem Grunzen Satanas' gleicht. Das Tamburin vervollständigt die Symphonie, und sein gräßliches Geklirr wie alte Kupfermünzen reizt die ruhigsten Nerven. Und trotzdem—dieser mißtönende Lärm ohne Melodie und ohne Rhythmus, viel primitiver noch als die Musik der Wilden, klingt an diesem Abend heiter und hat einen gewissen Nachhall der himmlischen Chöre.

Die Krippe ist in den Augen der Erwachsenen kein Kunstwerk; aber die Kinder entdecken so viel Schönheiten an den Figürchen, so viel geheimnisvollen Ausdruck in ihrer Umgebung, so viel Schicklichkeit an den Gewändern, daß sie nicht glauben können, ein so vollendetes Werk sei aus Menschenhand hervorgegangen und es der besonderen Industrie gewisser Engel zuschreiben, die dazu bestimmt sind, ihren Unterhalt mit Töpferarbeiten zu verdienen. Das Portal aus Kork, welches einen römischen Bogen in Ruinen darstellt, ist herrlich, und das Bächlein, das darunter hinfließt und das seine Existenz einem Spiegel mit grünen Flecken, welche Wasserpflanzen und moosiges Ufer darstellen, verdankt, scheint mit stillem Murmeln die Ebene hinabzuplätchern. Die Brücke, über welche die Hirten schreiten, ist derart, daß Niemand den Pappendeckel sieht, welcher die Steine täuschend nachahmt, also gerade der Gegensatz zu so vielen Werken unserer modernen Ingenieure, die steinerne Brücken bauen, welche aus Pappendeckel zu sein scheinen. Der Berg, welcher die Mitte einnimmt, könnte ein Theil der Pyrenäen sein, und seine zierlichen Häuschen, die kleiner sind als die Figuren und die durch Spindelbaumzweige markierten Bäumchen, lassen die Natur selbst weit hinter sich zurück.

In der Ebene aber ist es am schönsten, und befinden sich auch die charakteristischsten Figuren, die Wäscherinnen die am Bache waschen, die Hirten, welche ihre Herden weiden, Edelleute, die in reichgeputzten Wagen vorbeifahren, daneben das Kameel eines der heiligen drei Könige, Perico, der Blinde, welcher in einer Streife von Hirten Gitarre spielt. Dazwischen fährt eine kleine Pferdebahn, die auf ihren Rädern jeden Augenblick vom Orient zum Occident gerollt wird, zum großen Befremden des schwarzen heiligen Königs, der nicht weiß, was diese Höllenmaschine zu bedeuten hat.

Kurzum, es gibt in ganz Madrid nichts Schöneres als die Krippe in diesem Hause, das einer der allerersten ist und die schönsten und klügsten Kinder von zwanzig Straßen in der Runde an diesem Abend in seinen Räumen vereinigt.

VIII.

Und der Baum? Er ist aus Eichen- und Tannenzweigen gebildet. Der fürsorgliche Freund des Hauses, welcher ihn mit großer Arbeit angefertigt hat, erklärt, daß noch nie ein so vollendetes, vollkommenes Werk aus seinen Händen hervorgegangen ist. Die Gaben, die von den Zweigen herniederhängen, sind nicht zu zählen. Sie sind, wie eines der anwesenden Kinder bemerkt, zahllos wie der Sand am Meere. Süßigkeiten, die in gekräuseltes Papier gewickelt sind, Mandarinen, die Säuglinge der Orangen, silberumhüllte Kastanien, kleine Kästchen, welche homöopathische Dosen von Confitüren enthalten, Figürchen zu Fuß und zu Pferd sind da von einer ebenso

---

<sup>3</sup> Figura así en el original.

<sup>4</sup> Art Hirtentrommel

großmüthigen als geschickten Hand aufgehängt. Diesen Baum des Lebens erleuchten so viele Kerzchen, daß nach Ansicht eines der geladenen Kinder so viel Lichter, als Sterne am Himmel sind, daran brennen.

Die Freude des Kinderhaufens ist mit keinem andern menschlichen Gefühl zu vergleichen: es ist die unauslöbliche Freude der himmlischen Thöre gegenüber dem höchsten Glück und der höchsten Schönheit. Das Übermaß der Befriedigung macht sie fast vernünftig, und sie stehen in seraphischer Verzückung, die ganze Seele in den Augen, im voraus Alles genießend, was noch kommt, und gleich den seligen Engelein im reinen Äther süßer, köstlicher Dinge, im Duft von Blumen und Zimmt, in der Essenz des Spieles und der Freude schwimmend.

## IX.

Häufig und wiederholt vernahmen sie ein Geräusch, das nicht von ihnen stammte. Alle blickten zur Decke, und da sie nichts sahen, fuhren sie fort zu scherzen. Man vernahm Flügelschläge, die gegen Wand und Decke streiften. Wären sie blind gewesen, so hätten sie vermeint, daß sämtliche Tauben aus allen Taubenschlägen der Welt in das Gemach geflattert wären. Aber sie sahen nichts, absolut nichts.

Aber plötzlich sahen sie doch eine unerklärliche, phänomenale Erscheinung. Alle Figürchen der Krippe bewegten sich, alle wechselten geräuschlos ihre Plätze. Die Bahn fuhr den Berg hinauf, die heiligen drei Könige steckten die Füße in den Bach. Die Truthühner gingen ohne Erlaubniß unter das Portal, und der heilige Joseph kam ganz bestürzt heraus, als wollte er den Ursprung dieser Verwirrung erfahren. Dann fielen manche Figuren zu Boden. Wenn die Veränderungen zuerst ohne große Unordnung vor sich gingen, so schien es jetzt, als ob hunderte von geschäftigen Händen Alles umstürzen wollten. Es war eine Erdumwälzung im Kleinen. Der Berg senkte sich sammt seinen hundertjährigen Gipfeln; der Bach veränderte seinen Lauf und, aus dem Bette tretend, überschwemmte er fürchterlich die Ebene; die Häuser stürzten ein und berührten mit ihren Dächern den Sand; das Portal erzitterte, als ob es von schrecklichen Stürmen erschüttert würde, und da viele Lichter erloschen, so schien es, als sei die Sonne verhüllt und die Gestirne des Tages und der Nacht verfinstert. Während der Verblüffung, die dieses Schauspiel erzeugte, lachten viele Kinder wie närrisch, und andere weinten. Eine abergläubische Alte sagte:

„Wißt ihr nicht, woher dieser Tumult kommt? Das sind die verstorbenen Kinder, welchen Gott erlaubt, heute Nacht mit den Krippen zu spielen.“

Alles nahm endlich ein Ende, und man vernahm nochmals Flügelschläge, die sich entfernten.

Viele der Erwachsenen kamen herbei, die Verwüstung zu besehen, und ein Herr sagte:

„Der Tisch hat sich gesenkt, und daher sind die Figürchen umgestürzt.“

Man begann die Figürchen zu sammeln und wieder in Ordnung aufzustellen. Nach genauer Zählung und Besichtigung der einzelnen ergab sich, daß es weniger waren. Man suchte und suchte – umsonst. Es fehlten zwei Figuren: der Maulesel und der Ochs.

## X.

Mit dem nahenden Tage nahmen sie den Weg zum Himmel, Millionen und Millionen. Alle rein und weiß, mit kurzen Flügeln, die schneller schlugen als die der schnellsten Vögel der Erde. Der Zug, den sie bildeten, war größer, als das Auge im sichtbaren Raum wahrnehmen kann, sie bedeckten den Mond und die Sterne, als ob das Firmament von Wolken umzogen sei.

„Schneller, schneller, es wird Tag!“ drängte eines von ihnen. „Gottvater wird schelten, wenn wir so spät kommen. Die heurigen Krippen taugten nicht viel! Wenn ich mich an vergangene Jahre erinnere...“

Celinina flog mit ihnen, aber da sie zum erstenmale in diese Höhen kam, schwankte sie ein wenig.

„Komm her,“ sagt eines zu ihr, „gib mir die Hand ... dann wirst du geradeaus fliegen .... Aber was hältst du denn da?“

„Den Maulesel und den Ochsen,“ erwiderte Celinina, zwei plumpe Thonpuppen an ihr Herz pressend. „Ich habe sie mir so sehr gewünscht, daß ich nicht ohne sie in den Himmel wollte.“

„Höre, Kind, ich bitte dich, gib diese Spielereien weg. Man sieht, daß du eben erst von der Erde kommst. Du mußt wissen, dass wir, trotzdem wir im Himmel köstliche Spielsachen haben, die ewig neu sind, von Gottvater diese Nacht auf die Erde geschickt werden, damit wir mit den Krippen spielen. Dort oben wollen sie auch Weihnachten feiern, und da schicken sie uns herunter, um von unserem Lärm nicht gestört zu werden. Aber wenn uns Gottvater hinunterläßt, so ist es unter der Bedingung, daß wir nichts mitnehmen, und du hast das mitgenommen.“

Celinina legte sich von diesen gewichtigen Gründen keine Rechenschaft ab, und die Thiere noch enger an ihre Brust drückend, sagte sie:

„Ich lasse sie nicht!“

„Aber sieh’, Kind,“ fuhr das andere fort, „wenn du nicht nachgibst, so machst du uns einen Verdruß. Lass dich im Flug hinunter und gib der Erde das zurück, was ihr gehört. In einem Moment geh’ und komm’ zurück, Dummerchen. Ich erwarte dich in dieser Wolke.“ Endlich gab Celinina nach und nahm ihren Flug erdwärts.

## XI.

Daher bemerkte man, daß die Leiche Celinina’s, das, was von ihr noch sichtbar war, zwischen den Händen statt des Blumenzweiges einen Maulesel und einen Ochsen hielt. Weder die Frauen, die bei ihr wachten, noch Vater und Mutter wußten sich dies zu erklären; aber das liebliche, von Allen beweinte Mägdlein wurde in die Erde gesenkt und hielt in den kalten Händchen den Maulesel und den Ochsen.